2006-06-30Comentario

Comienza la primera serie de tres milagros en los que Jesús se acerca a personas excluidas o marginadas de la sociedad: un leproso, un pagano y una mujer, para mostrar que la fuerza salvadora del reino no tiene fronteras.

El milagro de hoy se centra en el leproso. La lepra era una enfermedad que excluía de la vida social y religiosa de la comunidad. Las prescripciones del libro del Levítico eran tajantes.

La palabra lepra ha sido siempre un palabra/realidad temida que llega, incluso, a infundir pánico cuando uno tiene que alternar con uno de estos enfermos. Son reacciones inconscientes, que revelan hasta qué punto hemos interiorizado el rechazo frente a ellos.

Cuando leo estos milagros en que se dice expresamente que Jesús “extendió la mano y lo tocó”, yo siempre me acuerdo de mi encuentro con Zacarías, allá en los campos del Caaguazu, en el Paraguay. Zacarías era leproso; las manos se le habían quedado en muñones, y lo peor es que manaba de ellas un líquido extraño que empapaba los paños con que las envolvían.

También en aquellas tierras, cuando llega una visita a casa, lo primero que se hace, es darle la mano como bienvenida. Hasta hoy recuerdo la sensación de miedo que sentí cuando apreté aquellos paños mojados. E instintivamente, al retirar la mano, la froté en mi pantalón vaquero. No sé si Zacarías se dio cuenta. Pero, ¡cuánta vergüenza pasé por mi cobardía! ¡Es evidente que la lepra no se contagia con un saludo!

Con este realismo leo yo la frase del evangelio: “extendió la mano y lo tocó”. Este es el amor encarnado de Jesús.

Hoy en nuestro ambiente europeo estas formas de lepra que describe el evangelio, han desaparecido, pero cuando oímos hablar de que alguien tiene sida nos ponemos a temblar, sobre todo si hemos tenido algún trato con él o con ella.

No hay peor castigo/venganza que esparcir el rumor de que fulano tal vez tiene sida. De nuevo se vuelve a producir entre nosotros el fenómeno de exclusión y maldición que pesaba antiguamente sobre los enfermos de lepra.

La caridad nos llevará siempre a dar la vida, a arriesgar para comprender, aceptar y amar a quienes la enfermedad aplasta y la sociedad margina. “No hay amor más grande que el que da la vida”, dice Jesús. Y así lo hizo Él una y otra vez a través de los milagros.

Carlos Latorre, claretiano